

**EL COLUMPIO DE LAS LUCES**  
**PÚRPURAS**

## LAS ORQUÍDEAS DEL INVIERNO

**L**A PELUCA BLANCA sobre la mesa del tocador, mechones anudados y sudorosos luego de una agotadora función, la última en el teatro que demolerán la semana entrante para construir el nuevo estacionamiento de la administración central de correos. Hécuba enciende un cigarro y se mira con ojos grandes y cansados, deslumbrados por todos esos años de luces, tablas y telones. Con las puntas de los dedos, ya difíciles y caprichosos, acaricia las arrugas de su frente: la humedad de sesenta años de aplausos disuelve en estrías la base grisácea de su maquillaje. Casi sonríe cuando nota que el color de su piel, donde la pasta teatral ya no la cubre, es igualmente gris.

Moja un copo de algodón en una loción azul alcanforada y con él se talla los párpados, disolviendo las sombras negras y doradas de sus sueños.

En toda su vida de actriz se rehusó a creer que este momento llegaría; era algo de lo que nunca se hablaba, en lo que ni siquiera se pensaba. El momento que es como la muerte. No, peor aún que la muerte: una copa de cristal hecha añicos deja de existir, pero una copa de cristal arrumbada en un desván no es más que vidrio untado de polvo.

Hécuba aspira un poco de humo. Ah, cómo la tranquiliza el tabaco, aunque le haya robado la tersura de sus mejillas y el timbre claro y sonoro de esa carcajada que enganchaba miradas en los restaurantes y salones

de hace tanto tiempo... ¿Quiénes comerán caviar ahora en esas mesas, esperarán que un meserito de casaca blanca y guantes les acerque copas de champaña para brindar por la felicidad, el amor, y todas esas idioteces? La ceniza que cuelga de su cigarro se desprende y cae sobre el cabello blanco, blanco, de la peluca.

Afuera del camerino, más allá de la puerta cerrada, suenan los últimos adioses de las demás Troyanas. Quince minutos más, quizás, piensa Hécuba, y estará sola en el teatro. Valdría la pena... En el cajoncito del tocador donde guarda sus cerillos está todavía —de eso se aseguró antes de la función— la llave de la cabina de control que logró robarse del llavero del velador, el simpático viejo que cura su insomnio con ginebra y su borrachera durmiendo. Hécuba aplasta el resto del cigarrillo en la tapa metálica de una cajita de dulces vacía.

Con un sobresalto de la puerta entran Helena y Casandra, a carcajadas y con una botella de vodka medio vacía. Quieren invitarla a la inauguración de su nuevo departamento, dicen, habrá comida, bebida, chistes pornográficos y cubetas en las esquinas para quien las necesite. Hécuba las mira a través del espejo, sonrío y niega con la cabeza diciendo que su cansancio aburriría a los demás. Las dos muchachas ríen, ya medio borrachas, y con un “tú te lo pierdes” la dejan nuevamente sola en el camerino.

Hécuba sigue quitándose el maquillaje con el algodón y la loción alcanforada, y cuando termina, enciende otro cigarrillo y apaga las luces de su camerino. Así, pudiendo ver solamente el débil resplandor del tabaco y su reflejo rojizo en el espejo, Hécuba espera que las voces de afuera se extingan.

En la oscuridad, entre bambalinas, también esperó nerviosa a que se hiciera el silencio en el auditorio. Era otro teatro, otra ciudad; los hombres usaban sombreros en las calles y fumaban pipas, las mujeres se paseaban con sombrillas y cajitas de rapé. Ella, tomada del brazo de Medvedenko, trataba de disimular el temblor que sentía en la garganta y con los ojos cerrados murmuraba

su primer parlamento en *La Gaviota* de Chéjov: “Estoy de luto por mi vida; soy tan infeliz.”

Hécuba exhala ese parlamento con un suspiro, las palabras vestidas de humo, y casi se ríe. Afuera, en el pasillo de los camerinos, ya no se oyen voces. Las Troyanas se han ido. Entre las sombras, Hécuba encuentra la cajita de dulces que le sirve de cenicero y apaga el cigarrillo. Es hora, se dice mientras se pone de pie lentamente.

Es hora.

Su mano encuentra a oscuras la llave del cuarto de control y la saca del cajón.

La luz del pasillo, siente, casi la hiere tras la tranquila negrura del camerino.

Hécuba está sola: ni siquiera el sonido de sus pasos la acompaña.

Caminando lentamente, mirando el piso con la ansiedad de una adolescente, tomando el brazo de Medvedenko, comenzó a cruzar el escenario. Trató de no pensar en la muralla de aire negro que amenazaba con caerle encima en cualquier momento. Apenas oyó a Medvedenko decir: “¿Por qué siempre vistes de negro?”

Hécuba llega a las ruinas de Troya. Parada entre las dos columnas caídas que son todo lo que queda del templo de Artemisa, enfrenta la noche vacía que se abre frente a ella. Sólo la luz del foco de tramoya, a un lado, ilumina algo de la ciudad caída, y deja que se distingan las sombras de tres o cuatro butacas de la primera fila.

Hécuba respira profundamente, y sigue caminando.

Se volvió a ver a Medvedenko, que tenía los duros ojos fijos en ella, esperando que respondiera. Luego, miró sus pies, que apenas tocaban las tablas, y trató de concentrarse: “Estoy de luto por mi vida; soy tan infeliz.” Pero las palabras se le habían congelado. Abrió la boca un par de veces, trató de obligarse a hablar... El aire hervía, y toda ella sentía que se evaporaba. Medvedenko cerró los ojos brevemente, y para tratar de salvar la si-

tuación, añadió un “Masha, pareces estar de luto, ¿por qué?”

Atrás de la última fila de butacas está la pequeña puerta que sube a la cabina de control. Hécuba, ahora nada más una silueta entre siluetas, lleva la llave a la cerradura que encuentra al tanteo. Al principio se resiste a girar, pero termina cediendo con un oxidado rechinado. Hécuba abre. Entra. Sube.

La luz en la cabina es muy tenue; debe serlo para no brillar más allá del vidrio ahumado, para permanecer escondida en la penumbra. Sí. Allá, en el extremo derecho, están las máquinas de sonido, los tocacintas para las pistas musicales, los controles para el volumen y el balance de las seis bocinas del teatro. Más cerca, justo a la izquierda de Hécuba, está la consola de iluminación: 48 interruptores, 48 reguladores de intensidad, y dos bobinas maestras que los controlan en grupos de veinticuatro. Hécuba sonríe: hace ya diez años que Marcos le había enseñado el manejo de una consola de iluminación; todo lo recuerda perfectamente...

Medvedenko la sujetó por un brazo, firme, disimulando su furia tras una sonrisa casi dulce. “¿Es que no quieres decir nada, Masha?” Ella sintió el dolor puntiagudo en el codo, y tuvo que cerrar los ojos para no desmayarse. Luego, se zafó del brazo de Medvedenko y salió corriendo, dejándolo parado frente al escenario de un escenario.

Esa misma noche, el director explotó y a gritos le hizo saber que jamás volvería a poner pie en un teatro.

Hécuba enciende, uno a uno, los circuitos; busca. Hasta que por fin, en el número veintidós, lo encuentra. Oscurecido por el vidrio, ve en Troya un cono de luz que cae como un mediodía privado entre las dos columnas caídas del templo de Artemisa.

Sí... Como un mediodía privado...

Hécuba desciende lentamente por las estrechas escaleras, baja al auditorio. Cierra la puerta y le echa llave. Camina por el pasillo entre las butacas, se acerca a las

ruinas de su ciudad. El cono cenital brilla con el polvo suspendido o en el aire. Hécuba sube al escenario. Con una caricia recorre la rugosidad de las piedras falsas. Sus pies, ligeros, silenciosos, apenas rozan los escalones que suben a la plataforma del templo.

Hécuba entra en el círculo de luz.

Masha salió del teatro, con las lágrimas congeladas en su rostro.

Hécuba se yergue majestuosa, con la mirada fija en el horizonte más allá de las butacas.

Masha corrió por las calles, esquivando gente, esquivando caballos, esquivándolo todo.

Hécuba sonríe, y poco a poco, una carcajada burbujeante sale a la superficie.

Masha quiso tirarse del puente al río, pero Medvedenko, que había salido tras ella, la detuvo.

Hécuba extiende los brazos, abraza el universo, y con voz clara, templada, dice:

—¡Estoy de luto por mi vida, soy tan feliz!

Masha cerró los ojos.

Hécuba cierra los ojos, pero no puede impedir que dos lágrimas triunfales se adueñen de ella.

Y la evaporen.

